

Don José Melgares Raya, archivero eclesiástico

M^a DOLORES TORRES PUYA

Mi primer contacto con un archivero eclesiástico –al que me referiré posteriormente– fue en 1971, coincidiendo con mi tercer año de carrera y primero de especialidad.

Siete años más tarde, fue ya en Jaén donde me encontraría con otro. Primero fue un conocimiento verbal: personas cercanas a don José siempre me hablaban bien de él, tanto en el ámbito docente –sus compañeros del Virgen del Carmen–, como en el profesional, –Juan José Fuentes entre otros–, y en otros ajenos a los anteriores, como don José Antonio de Bonilla y Mir

De entre sus muchas virtudes, destacaban la bondad de su carácter y su disponibilidad para el buen hacer.

Cuando lo conocí en persona se confirmaron las referencias, pero incrementadas: sólo una persona bondadosa puede manifestar esa alegre

serenidad; una persona bondadosa, que –no olvidemos– es de Baeza –y esto no es baladí–; su ciudad natal le infundió esa serena armonía que la caracteriza

Don José era distinto al primer archivero eclesiástico que conocí: se llamaba –y espero se llame por muchos años– don Ángel Riesco Terrero, que además de ser el canónigo archivero de Salamanca, era el profesor agregado –de los de entonces– de la cátedra de Paleografía y Diplomática de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense

Recio en su físico y en su carácter, como buen aragonés; buen profesor y mejor persona; claro en discernimiento y en palabras, lo que proporcionaba no pocas molestias a la institución, colegas y discípulos, y eso que no estábamos en los tiempos de «lo políticamente correcto»; sensibilidad exquisita reservada a los elegidos.

Don Ángel era de los que veían al rey desnudo y lo decía con la candidez del niño, la fortaleza del hombre, pero también con la brusquedad del tozudo.

Acababa de celebrarse el I Congreso Nacional de Archiveros de la Iglesia en la imperial ciudad de Toledo, por ello estaba doblemente sensibilizado, ya que ese Congreso consagró reglamentariamente lo que él llevaba años haciendo en Salamanca: la protección del rico patrimonio documental de la Iglesia, además de profesionalizar a los archiveros eclesiásticos, pasando de ser un título más a implicarse en el acrecentamiento y difusión de los archivos de la Iglesia.

La antítesis la representa don José Melgares, persona tranquila, que siempre trata de serenar los temas y a las personas cuando presiente que pueden desbordarse, y lo consigue. He sido testigo de su habilidad para dirigir acaloramientos a cauces más frescos, hasta que las aguas han vuelto a su curso tranquilo.

Con motivo de la reapertura del Archivo Histórico Provincial en la sede del antiguo Monasterio de Santa Catalina Mártir, se expuso, entre otros documentos, el misal del cardenal Merino, gracias a la comprensión y cooperación de don José, quien acudió al acto con la sencillez que le caracteriza, evitando todo protagonismo.

La labor callada de don José, persistía en la formación de muchos jóvenes investigadores –hoy felizmente cuajados y no tan jóvenes– que se iniciaron gracias a su dirección, en el archivo de la Catedral, dando pruebas, una vez más, de su paciencia infinita y su –ya lo he dicho– comprensión.

Todo archivero es consciente de que debe emular al santo Job para soportar en los neófitos de la investigación palos de ciego, desorientación, vuelta atrás... Don José Melgares sabe más que nadie de esos balbuceos iniciales de los recién licenciados e incluso de alumnos no terminados, pero que empezaban a lidiar con el documento, tarea que como todas las primerizas no es nada fácil.

La suma de José Rodríguez Molina con don José Melgares sentó las bases que hoy vemos en personas como Juan del Arco, Ángel Aponte, Soledad Lázaro, Ramón Beltrán... Todo un elenco de primeras espadas –puesto que de lidia hablamos– en el campo de la investigación, algunos captados para siempre por los archivos –gracias a don José– donde compaginan, de manera que parece imposible por la ética que muestran, su doble faceta de archiveros e investigadores... También el ejemplo de don José Melgares ha debido influirles en esa honestidad consigo mismos. Muchos de ellos empezaron sus primeras letras cortesananas y procesales en aquellas galerías altas, guiados por las manos expertas de los dos José

Consciente de esa labor, sigue favoreciendo durante años el acceso al rico patrimonio documental del Archivo Diocesano a profesores de la universidad y a sus alumnos. Sería interesante cuantificar todo el marchamo que ha salido de esas fuentes para poder evaluar la contribución indirecta de don José a la investigación. De igual modo dirige tesis doctorales, todas relacionadas con la historia tanto de Jaén como de los archivos.

Todo empezó en 1976, a partir de su nombramiento como canónigo-archivero, y por ende cuando toda la responsabilidad caía sobre sus frágiles espaldas, pues toda su persona rezuma delicadeza; pero no hay que confundir esa imagen externa con la fortaleza interna del que sabe y está convencido de su labor, como era el caso de don José. La ocasión se le presentó cuando se finalizaron las obras de las llamadas «galerías altas» para ubicar el archivo histórico diocesano, que quedó abierto el 31 de octubre de 1977. Otro José, esta vez apellidado Bonilla y Mir, ayudó a nuestro homenajeado en esa tarea poco reconocida –creo– por la sociedad jiennense, de dar un espacio digno y noble al riquísimo patrimonio documental de la Iglesia. Confío en ver el día en que Jaén le haga justicia a don José Antonio de Bonilla y Mir como promotor de la cultura, en unos tiempos de sequía y carencias.

Un archivo tiene unos fines primordiales, recoger, conservar y difundir, el resto gira en torno a esas direcciones. Es más, podrían resumir-

se en dos, recoger y difundir, y rizando el rizo, en una sola: recoger –porque sin ella no ha nada que conservar ni que difundir– que lleva intrínseca todos los tratamientos necesarios para ello, organización, descripción etc.

Don José realizó esa función de manera loable, y estamos hablando de recoger una documentación en muchos casos en estado deplorable, con carencias de todo tipo, desde humanas hasta económicas, pero no por ello dejó de tener un final feliz: concentró en el archivo histórico diocesano esa documentación que se encontraba en los lugares más diversos de la Catedral; y una vez que hubo terminado con ese trabajo urgente, se dedicó a recoger los fondos parroquiales de la ciudad y algunos de la diócesis que, sin duda, hubieran desaparecido de no haberse llevado a cabo esa recepción.

Los archivos –lo sabemos bien quienes trabajamos en ellos– pasan desapercibidos para la mayor parte de la sociedad; sólo se les reconoce cuando se necesitan para testimoniar un derecho; es entonces cuando el ciudadano encuentra la función –esencial– de los archivos, pero no dejan de ser casos puntuales... La labor callada, confortadora e impagable del investigador es apreciada por muy pocos, desde luego sí por los archiveros, porque vemos su andadura para ir poco a poco fundamentando sus teorías sobre nuestro pasado.

Don José ha sido testigo mudo de todos los descubrimientos que han asombrado –desgraciadamente– a los iniciados en historia, arte, urbanismo, costumbres, mentalidades..., y además, como buen archivero, ha puesto en la dirección correcta al investigador, sin aprovecharse de su situación de privilegio. Sin el enorme trabajo de recoger las fuentes dispersas, difícilmente se hubiera podido llegar a investigaciones de relumbro.

Su objetivo fue, pues, concentrar todas las fuentes documentales en el archivo histórico de la Catedral, no podemos obviar el peso de la Iglesia durante los tiempos pasados, en ese acopio de fuentes está toda la historia con mayúscula de Jaén. Es a partir de la apertura del archivo, cuando las galerías altas se convierten en un auténtico *sancta sanctorum* para los investigadores.

Debo reconocer, con un ápice de envidia –naturalmente no sana, como ninguna envidia lo es– que me asombraba ver esas galerías repletas de personas volcadas sobre los documentos: era un archivo que, aunque *muerto* –siguiendo una terminología archivística añeja y obsoleta– estaba realmente vivo, porque no dejaba de existir a través de los investigadores para todo Jaén. Archivera del estado, no tenía costumbre de tal tumulto, de esa masa de estudiantes encelados con los expedientes o con una lectura difícil, y el mérito sin duda era de don José que, con su buen hacer, su afabilidad y su juventud, era capaz de vislumbrar la buena simiente que estaba echando entre los jóvenes alumnos.

Sin descuidar su labor como archivero, guardián del patrimonio documental de la Iglesia, aún ha tenido tiempo para dejarnos estudios sobre el archivo de la catedral, documentación referente a América o cofradías, artículos que son la historia del archivo histórico diocesano, cumpliendo así la finalidad de difusión que tiene todo archivero, y que servirán para mantener viva la intensa vida que ha tenido don José en el campo de los archivos de Jaén, porque cualquier estudioso que quiera conocer la génesis, evolución y progreso del archivo histórico diocesano tendrá que acudir, sin remedio, a las publicaciones de don José Melgares si quiere tener conocimiento exacto.

Como no podía ser de otra manera en el caso de un profesional y persona que siempre ha tenido visión de futuro, le sucede en el cargo el doctor don Francisco Juan Martínez Rojas, canónigo-archivero, a quien conoce muy bien como alumno del Virgen del Carmen, como colega en el Cabildo y como alumno en el Seminario. Ambos tienen el título de Muy Ilustres, sin duda los son: don José lo ha demostrado en su larga trayectoria y el Dr. Martínez Rojas ya tiene frutos que así lo demuestran; pero al bagaje ya constado de Francisco Juan, hay que sumarle algo que nos agrada a todos los que apreciamos a don José Melgares, y es la tranquilidad que le da ver que el archivo que él inició, y mimó, queda en magníficas manos.

